



HERMANO ODIO

Diría yo, hermano odio, que he visto asomar tu oreja peluda por algunos lugares. Diría yo, hermano odio, que en estas últimas semanas has mordido ya a alguien y que veo algunos rostros de damas y caballeros, otrora calmos, apacibles, como víctimas de tu contagio. Como si asomaran bajo su sonrisa de cocktail y de tiro al hermano pichón los colmillos del triste y dulce Drácula.

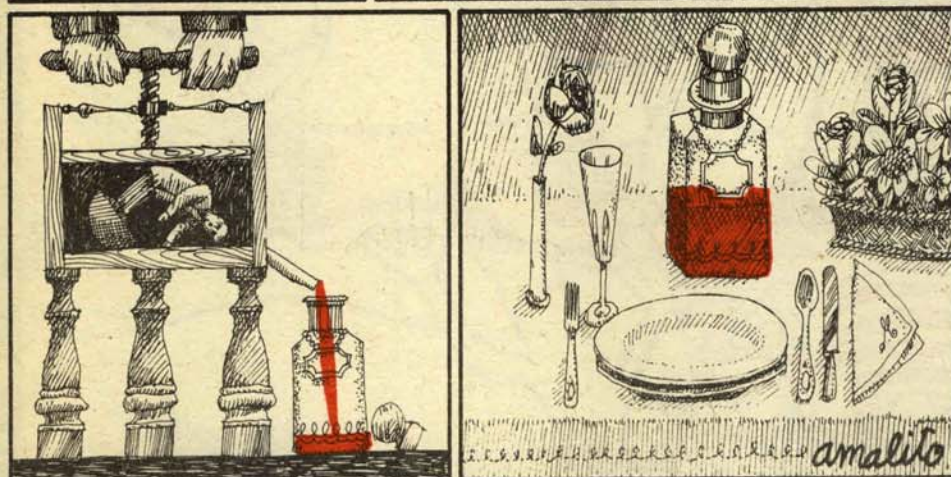
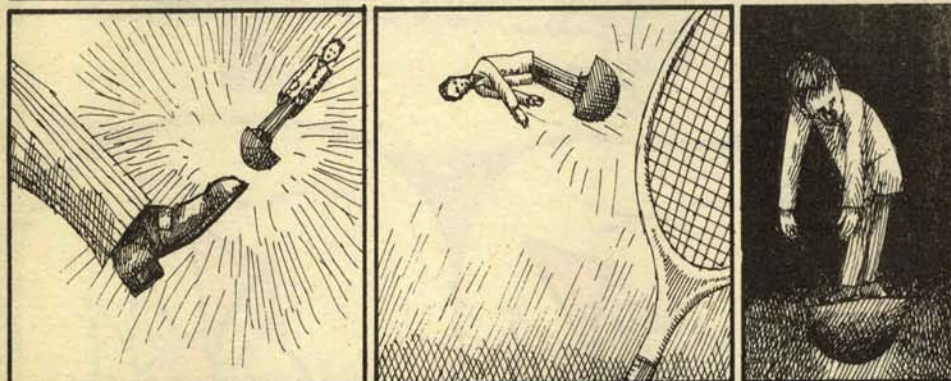
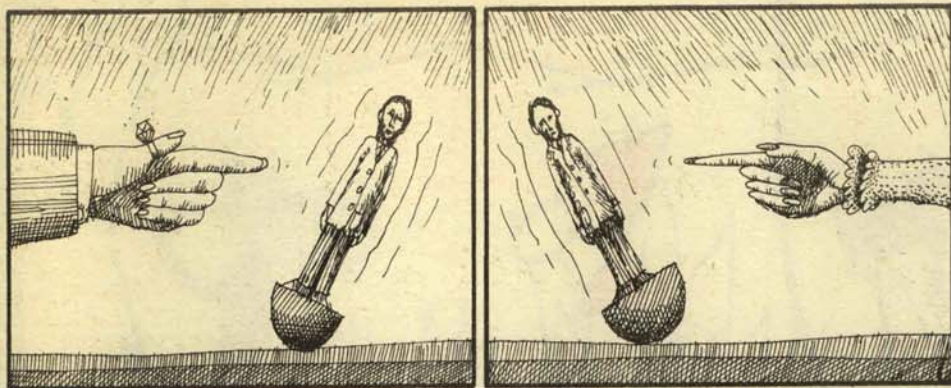
Pueden ser alucinaciones de mi pobre dieta y mi larga vigilia. Pero la verdad es que te veo y no querría verte, hermano odio; y que me gustaría que volvieras de nuevo a tu antigua guarida "modern style" o, digamos, "camp". Ya sé que tienes buena prensa; ya sé que se te anima y estimula, que se te dice que aún tienes mucho que hacer entre nosotros. No lo creas, hermano odio, no lo creas.

Algunos me dicen que también te han visto, o sólo tu sombra, o sólo tu rabo pegado a la moqueta, al revolver la esquina de un suntuoso pasillo. Quién creyó oírte aullar, a la madrugada, a la puerta de un ministerio; quién dice que le pareció verte entrar, entre sombras nocturnas que iban bien con tu pelaje, en una casa de la que el alucinado dice que salía el rumor de una multicopista trabajando. Algunos hermanos te ven disfrazado: quizá pudiste robar un viejo uniforme, una antigua sotana, un mono azul o una estola de visón. Pero tu oreja peluda, ¿qué maquillador de televisión la borrará, quién echará un chal sobre ella?

Vuélvete a lo tuyo, hermano odio. Pero no vuelvas a entrar en la vida real. No te disfraces de justiciero, de vengador, de ideólogo, de teólogo, de intelectual, de autor de anónimos, de razonador, de señorita, de director de cine, de banquero, de periodista, de guardián de tradiciones, de procurador en cortes, de uno de los de siempre, de impulsador de los tiempos, de conjura fraguada en el exterior, de analista de política internacional, de compasivo por los que sufren en otros sitios, de orador de domingo, de conductor de vehículo, de abstemio, de borracho, de ama de casa, de taxista o de obispo.

No te disfraces, hermano odio, porque te vemos la oreja. Y quizá resultases tú la víctima de ti mismo.

Paz, hermano odio... ■ HERMANO FRANCISCO.



EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—¡Jopé Mercurio! Ya has vuelto a subir las zanahorias.



—Mira: por allí va un incremento coyuntural del precio de la merluza.

